

EL MUNDO / LA CRÓNICA sigue a una MIR de tercer año en una jornada 'doble' en las urgencias de Pediatría del Hospital de León

SARAH ALLER

LEÓN— «Yo que tú me dejaba mirar... Mira que si no, te quedas aquí conmigo». La voz firme de Mercedes se pierde al otro lado de la cortina del box 2 de urgencias. Tras la lona verde y aupado en una camilla, un crío que no levanta un palmo llora a todo lo que le dan los pulmones. Su llanto no es el único que taladra los tímpanos. La sala de espera se ha convertido en cuestión de minutos en un mar de lágrimas.

«Vamos de paseo, pí, pí, pí...» entona nerviosa una madre mientras otro bebé se pone rojo de tanto sollozo. La sinfonía de llantinas provoca una extraña ansiedad que nadie más parece sentir alrededor. Como si vestir bata blanca fuera imprescindible para estar sereno.

«Te agobia, ¿verdad? Al final te acostumbras. ¿Has visto cómo se anima esto?», comenta una enfermera de camino al control. Estamos en las urgencias de Pediatría del Hospital de León y nuestro objetivo es acompañar a Mercedes, una MIR de tercer año, en su travesía por una guardia de 24 horas.



Mercedes, una de las médicos residentes del servicio de Pediatría, atendiendo a un niño en Urgencias. J.M. LÓPEZ

NOTICIAS RELACIONADAS

[Servicio de noche](#)

Con gesto recio y decidido, esta médico residente empieza a las nueve de la mañana su particular carrera contrarreloj. En el cuello, un fonendo, en la bata, un móvil. Y en sus pies, calzado cómodo para cubrir con rapidez el largo trecho que separa las urgencias de las consultas.

«Empiezo el día pasando consulta con el especialista de Cardiología infantil», explica Mercedes mientras acelera el paso entre un puñado de niños que corretean por la sala de espera. La puerta se cierra en nuestras narices. Imposible asistir a una consulta. La privacidad de las historias clínicas y el que sus protagonistas sean menores son razones de suficiente peso como para zanjar de golpe nuestra curiosidad.

Cuando la consulta queda libre, Mercedes nos presenta a su 'jefe'. «Salvo que me trae las zapatillas, el café y todas esas cosas, casi casi actúa como un médico normal», dice el doctor Ferrero con mucho humor mientras mira de reojo a su compañera. «Cámbiate esa bata mujer, que te van a hacer fotos. ¿No has ido a la peluquería?». El buen rollo dura lo que un suspiro. Mercedes sale al galope hacia el servicio de Urgencias pediátricas, de donde ya no saldrá hasta el día siguiente. Son las doce y cuarto de la mañana y siete niños aguardan ya en la sala de espera por un diagnóstico.

«Busco a mi sobrino. Se llama Daniel y le han ingresado aquí». No hay más que situarse tras el mostrador del control de enfermería para comprobar que, ciertamente, la cara es el espejo del alma.

En las 20 horas siguientes, un desfile constante de madres ojerosas, abuelas desencajadas y padres asustados se detiene ante este mostrador con un crío en brazos.

«Cumple este mes diez años y es que le dolía la ingle. Me dicen que puede ser una hernia», nos comenta una madre junto al box 3 de urgencias. A pocos metros, otro 'enano' combate su gastroenteritis enganchado al suero. «No se preocupe, que ya le está bajando la fiebre», trata de tranquilizar una enfermera.

Mercedes, mientras tanto, entra y sale de un box a otro. Hoy tiene suerte. Comparte guardia con Estrella, una MIR de Medicina de Familia que al rotar por los servicios ha desembarcado hoy en Pediatría. Cuatro manos en vez de dos se notan. Pero esto no es lo habitual. Una guardia normal la afrontan dos médicos adjuntos y un residente. A su cuidado están las urgencias, los partos, las emergencias en planta, la UCI neonatal... Hay trabajo para todos y para más que vengan.

La 'carga' de un MIR cobra aquí todo su significado. De Mercedes, por ejemplo, dependerá en gran

parte que las Urgencias infantiles salgan adelante durante 24 horas. Esa es la pura realidad. Si es demasiada responsabilidad o no para un residente es otro cantar.

En las paredes de Urgencias los mensajes son claros: 'estos servicios no deben usarse para adelantar citas', 'tampoco para realizar pruebas complementarias', 'tengan paciencia'. Nadie espera hoy más de media hora. Para algunos, sin embargo, es una eternidad. «¿No viene el médico?», pregunta una señora al pie del control. Su nieta aterrizó en Urgencias después de quedarse unos segundos como ausente. Es un bebé y podría ser epilepsia.

No hace falta más que estar unas horas en este servicio para darse cuenta, sin embargo, de que algo falla en la sala de espera. El cartel que reza 'los servicios de Urgencias no deben usarse por comodidad' no parece aplicarse en la vida real. Resfriados, fiebres leves y diarreas de poca evolución llenan las esperas de Pediatría. En el servicio reconocen que lo que nosotros vemos hoy es el pan de cada día.

El propio doctor Aparicio, responsable de Pediatría del Hospital, reconoce que el mal uso del servicio de urgencias es un problema que va 'in crescendo'.

«Hay padres que vienen simplemente para evitar pedir cita en su pediatra. Se llevan las recetas y sortejan el centro de salud», explica Mercedes.

Como en todo, hay familias que se pasan y otras que no llegan. Son las siete de la tarde y por el pasillo de urgencias aparece una madre con su pequeño en brazos. «Estábamos de compras y de repente se quedó frío, empezó a temblar y se puso morado». Después de pasar por el centro de salud, el bebé, de 13 meses, ha terminado en el Hospital. Lo que ha tenido el crío son convulsiones por la fiebre, que supera los 39,5 grados. Su madre no se había dado cuenta. «Tenía algo de mocos pero no me pareció que estuviera mal», explica a Estrella, que escucha con sorpresa.

En el otro extremo, sin embargo, se sitúan la mayor parte de los adultos, que hacen acto de presencia con sus niños en urgencias sin sopesar a veces la importancia o no del problema. Son las doce y 37 minutos de la madrugada. Una mujer joven aparece con su niño de 7 años de la mano. Lo que tiene es catarro y 38 de fiebre. «¿Le ha dado algo para bajarle la fiebre», pregunta la doctora. «Sí, Apiretal. Pero no se lo doy desde las tres de la tarde». Ante semejante respuesta, a la residente sólo le queda recomendarle que las tomas sean más frecuentes. Nada dice de que esta consulta podía esperar a mañana, cuando el centro de salud esté abierto. Tampoco dice que no son horas de sacar a un crío por tener 38 grados. Pero lo piensa.

Pese a todo, siempre será mejor atender catarros que no 'box 0'. «Son las urgencias más graves: tráficos, crisis convulsivas...» explica Mercedes. Ella ha rotado ya por casi todos los rincones de Pediatría. «Me falta volver a pasar por prematuros, estar en un centro de salud y luego la rotación externa quiero que sea en el Niño Jesús». ¿Su destino ideal? No lo duda. «En León. Me gustaría quedarme aquí».

El Mundo